

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Investidura com a  
"Doctor Honoris Causa"  
de Manuel Tuñón de Lara

(Parlaments de Camilo J. Cela Trulock i Manuel Tuñón de Lara)







Investidura com a  
"Doctor Honoris Causa"  
de Manuel Tuñón de Lara



Parlament de Camilo J. Cela Trulock





## "NUEVO SALUDO A UN VIEJO AMIGO"

*La escena segunda del tercer acto de la tragedia que Shakespeare dedicó a Julio César nos enseña uno de los lances más hermosos y más famosos de toda la literatura en lengua inglesa: el discurso que Marco Antonio dirige al pueblo de Roma con motivo de la muerte del César cuando inicia la irónica descalificación de los conspiradores con las siguientes palabras:*

*"Vine a enterrar al César y no a alabarle. El mal que hacen los hombres les sobrevive, pero el bien queda de ordinario enterrado con sus huesos".*

*Mi papel, en este acto que hoy aquí nos convoca, es tan ingrato como el de Marco Antonio, ya que comparezco ante ustedes, no para alabar a un viejo amigo entrañable y a un hombre al que admiro sin reserva sino para enterrarlo en las solemnes —y también efímeras— glorias del academicismo y el reconocimiento claustral. De tal guisa se consigue casi siempre sepultar lo bueno que puedan enseñarnos los homenajeados al tiempo que disfrazamos ese bien de ropajes sustitutivos. Manuel Tuñón de Lara sabe mucho de tales maniobras y quizá por eso siempre se ha mostrado, como yo mismo he intentado hacerlo con varia fortuna, un tanto ajeno y un sí es no es receloso ante las virtudes de las cátedras y las academias. Hay muchas formas de enterrar voluntades, y no pocas de ellas discurren por una vía en la que la loa y el reconocimiento esconde, en realidad, el propósito de marcar de cerca y esterilizar para siempre un pensamiento que se enseña libre y brillante o, lo que es lo mismo, peligroso por definición.*

*Pero, en este caso de hoy, la ceremonia también cuenta con un propósito distinto e incluso gozoso en su vertiente expiatoria. A Manuel Tuñón de Lara se le ha pagado no pocas veces su abnegación y su entrega con el mísero regateo de unas migajas de pan incapaces de significar ni siquiera el obvio insulto. Negar a uno lo que uno jamás ha solicitado y ni siquiera desea es una vía bien rara de mortificación, pero quienes confunden habitualmente los términos pueden ser capaces de proyectar sus propias carencias sobre los que se encuentran al margen de los cotilleos de mercado. Así la ceremonia académica cobra en esta ocasión un carácter e incluso un acento distintos, un aire encaminado a restituir las cosas a un*

sitio del que jamás debieron haber salido, aun cuando sólo fuera para ahorrarse innecesarios sonrojos. Tomo la palabra, pues, con igual talante e intención con los que hubiera tomado la brocha capaz de engalbegar, quisiera suponer que definitivamente, aquello que en un día aciago se quiso torpemente cubrir de mierda (noble y precisa voz que me permite tomar de Horacio).

Manuel Tuñón de Lara ha sido durante toda su ya larga vida un hombre peligroso, un hombre que asumió voluntariamente la sentencia del poeta que nos animaba a vivir de tal manera. Y escogió, para ello, la difícil vía de mantener siempre su pensamiento absolutamente limpio y libre y, a la vez, atento sin fatiga al mundo de lo español, en un tiempo en el que tales actitudes producían cualquier reacción menos el reconocimiento y la loa oficiales. Su generación, que es la mía, tuvo que debatirse incómodamente lastrada por la castración voluntaria o, lo que tanto monta, por la autoinmolación para todo cuanto significase una contribución política institucional, postura que en muchos casos era lo mismo que una contribución académica. Existieron entonces, claro es, raras y meritorias instituciones que supieron y aun pudieron hurtar el cuerpo a la tentación de la alabanza y sumisión al poder establecido. Me gustaría poder decir que, para honra de todos, la universidad española fue una de tales excepciones, aunque sería ésa una generalización quizá excesiva. Baste con el reconocimiento y recuerdo de que la universidad sí supo acoger en su seno a numerosos ejemplos de esa actitud rebelde, a la vez —que todo hay que decirlo— que dio cabida a no pocas de las más vergonzantes figuras de nuestra miseria intelectual.

En cualquier caso, lo cierto es que la postura ética de Manuel Tuñón de Lara le cerró durante casi toda su vida las puertas de la universidad española. Tuñón de Lara no se limitó a renunciar estoicamente a la gloria oficial, aquello que, bien mirado, es lo de menos, y a la vez que abominaba de una España encorsetada y caduca, dirigió sus numerosos y animosos talentos a redactar la crónica puntual y exacta de la otra España, la España real, terrible y desgraciada que había intentado sortear con innumerables guiños las trampas que el destino le tendiera a lo largo de los dos últimos lentos siglos. Para poder hacerlo, a Tuñón de Lara no le cupo sino escoger la vía del destierro, esa dramática maldición de Dios, ese trance en el que el hombre, al decir de Esquilo, se mantiene tan sólo de esperanza. Todavía recuerdo, con un vago

*temblorcillo corriéndome por el espinazo, el momento en el que Tuñón de Lara salió de la tierra que lo vio nacer.*

*Y voy a contar ahora algo que jamás conté. En la alta noche madrileña, allá por los primeros años cuarenta, aquel tiempo del que pocos de los aquí hoy presentes pueden guardar memoria, Manuel Tuñón y yo nos encontramos de repente en un andén de la estación del Norte. Ni el lugar, ni la hora, eran habituales para ninguno de los dos y yo no recuerdo por qué causa estaba entonces al lado del tren, aunque sí conozca por qué estaba como estaba nuestro recipiendario: porque intentaba salir de España a hurtadillas y temía su posible identificación y detención en el último instante. La sorpresa del encuentro y el miedo a verse públicamente identificado y aireado, le hicieron mirarme de soslayo —quizá con una vaga sonrisa cómplice en el mirar—, pero con toda la hondura, la tristeza y la altanería de un león que se sabe ignominiosamente herido de muerte y se niega a aceptar la situación sin lucha. Ambos bajamos la cabeza y nos cruzamos sin intercambiar ni una sola señal. El tren partió hacia Francia y, en aquel momento, sentí que en él se iba mucho más que un amigo verdadero. En realidad, con Manuel Tuñón se fue hacia el exilio la mayoría de las grandes esperanzas que todos teníamos en nuestra propia y vapuleada juventud. Pero tampoco la huída significó una solución definitiva porque años después, en su cubil de Pau y rodeado de las camadas de los nuevos historiadores que se hicieron a su cobijo en el sur de Francia, a Manolo Tuñón, que ya gozaba del reconocimiento universal de su talla como erudito e intelectual de prestigio, aún le lucía la mirada triste y atónita y orgullosa. Supongo que el pedazo de España que se había llevado consigo y engastado en lo más recóndito de su corazón, no había sido suficiente para restarle dolor y soledad.*

*Este homenaje que le brindamos hoy a Manuel Tuñón de Lara significa, en cierto sentido, la devolución de algunas de las muchas añoranzas que se le han ido negando a lo largo de los años, de muchos años. Final y felizmente instalado en una cátedra de la universidad española (una cátedra que, ¡ay!, hubiera podido ser mallorquina y no lo es), podemos alegrarnos al descubrir que la mirada de Tuñón de Lara ha cobrado un nuevo punto de dulzura y otro de sosiego. Dice el refrán que no hay mal que cien años dure, pero con tan chico consuelo no han de contentarse sino los míseros y pacientes y eternos aspirantes a la derrota. Manuel*

*Tuñón de Lara ha vencido, al fin y a la postre, y aquí tan sólo levantamos acta de su feliz y triunfal regreso. En nuestra alegría, sabemos que ya para siempre estará entre nosotros.*

*Esta solemne ceremonia exige que yo dé cuenta de los logros intelectuales del doctorando, aunque la más elemental prudencia me prohíbe abrumar al auditorio con la ingente sucesión de datos de los que la mayoría constituye ya un tema de cultura general. Voy a referirme, para cumplir con el compromiso, a algunos puntos espigados de su sobresaliente currículum universitario: licenciado en Derecho por la Universidad Central en 1936; doctor de Estado en Letras (el más alto grado de doctor en Francia) en 1977; catedrático de la Universidad de Pau en 1978; doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza y catedrático de la Universidad del País Vasco en 1983, amén de múltiples y muy honrosas nominaciones y distinciones en el mundo entero, nuestro recipiendario es autor de más de dos docenas de libros claves para el mejor entendimiento histórico de España, y de innúmeros artículos esclarecedores de cien confusos instantes; permítaseme que deje constancia pública de que alguno de esos clarividentes escritos vio la luz aquí en Mallorca, en los desaparecidos Papeles de Son Armadans. Vaya hacia él, en esta hora gozosa en la que lo recibimos en esta Universidad, nuestra mejor gratitud por tantas y tan sabias enseñanzas como siempre nos brindó.*

*Estos y otros muchos que me callo para no agobiaros son, dignísimas autoridades universitarias, mis queridos claustrales, los avals académicos de nuestro doctorando. No quisiera dejar de añadir a la nómina un argumento de índole emotivo, quizá poco ortodoxo en los legajos del expediente de un doctorado honoris causa, pero quizá inevitable en esta ceremonia. La Universidad de Palma de Mallorca incorpora hoy a su seno a alguien que es mucho más que un historiador prestigioso y un hombre de bien. La Universidad de Palma de Mallorca recupera hoy una dignidad que en ocasiones hubo de tambalearse a impulsos del error y la vacilación. Y lo que es todavía más importante, lo hace por el recto camino académico y de espaldas al principal y posible agraviado. Porque en la mirada de Manuel Tuñón de Lara hay muchas sensaciones, muchas emociones, muchas memorias, pero en ella jamás ha tenido cabida el rencor.*

*Camilo José Cela*





Parlament de Manuel Tuñón de Lara





Este doctorando que, tras haber recorrido un largo camino, no siempre llano ni exento de asperezas, llega hoy ante vosotros sin disimular la emoción que esta distinción le produce, ha querido cumplir el encargo honroso de pronunciar la primera lección del curso universitario abrazándose a un tema que, además de serle muy querido, piensa que hoy tiene una vigencia intelectual de primer orden: Literatura e Historia, podríamos decir en términos generales, pero tan imprecisos que podrían desdibujar los conceptos. Porque no se trata de que yo tenga la pretensión de venir a hablaros de literatura ni tampoco que me proponga abstraer el pensamiento hasta los temas de epistemología de la historia.

Si de literatura trataremos será tan solo como puede hacerlo un historiador, en la óptica del mismo. Que nadie espere, pues, un estudio literario ni una crítica estética, empresas para las que me considero incompetente.

Quisiera, en cambio, plantear un tema que entra de lleno en la metodología de la historia en una de sus facetas de más estricta actualidad: la historia social. Es evidente que el concepto contemporáneo de lo que llamamos historia es mucho más vasto que hace medio siglo; lo mismo para quienes metodológicamente postulamos una historia total, con todas sus instancias articuladas, que para quienes optan por una metodología plurisectorial. En todos los casos, la historia superó hace ya tiempo el simple relato o descripción y el culto exclusivo del acontecimiento. Pero hay más, la importancia adquirida en los últimos quince o veinte años por la llamada "Nueva Historia", que en cierto modo se identificaría con un estudio en el tiempo de los grandes conjuntos sociales (las clases y sus múltiples fracciones, las categorías sociales y socio-profesionales), pero también con el necesario historiar de la vida cotidiana, de las actitudes mentales, de esa trama y urdimbre de la que está hecha la vida de todos; esta dilatación de fronteras del conocimiento, en la que coinciden historiógrafos eminentes, ya se trate de Georges Duby, de Edward Thompson o de Jacques Le Goff, nos obliga a proceder de manera muy distinta a la tradicional. Por una parte, la historia consiste hoy en el estudio de las condiciones de vida de los hombres en el pasado, de sus mecanismos fundamentales, pero también de cómo esos mismos hombres han intentado explicárselas y reaccionar, a su vez, sobre ellas. Se trata de hacer una cala vertical en las sociedades de otros tiempos que vaya, como ha dicho en imagen viva Michel Vovelle, "desde la bodega hasta el granero" y de tratar así de explicarnos los diferentes nive-

les de la aventura humana a través de los tiempos.

Creo que partiendo de este concepto de historia queda desbordado ampliamente el viejo binomio Literatura-Historia que tanto nos atrajo a muchos.

No es, pues, cuestión ni de referirnos a la novela histórica, tema que sin duda tiene sus cartas de nobleza, pero que yo no abordaré, ni del menguado concepto de "fuente auxiliar" que la vieja historiografía tenía de la creación literaria. Se trata de lo que yo llamo la *historicidad* de la obra literaria, y en primer lugar de la novela, de su aportación esencial a la construcción de la historia social. Esta aportación la concibo estructurada en dos vertientes:

*Una*, la obra literaria como fuente directa del conocimiento, es decir, su inserción en las fuentes básicas de la historia social, la manera que tiene el autor de captar y de transmitir las condiciones de la vida cotidiana, las actitudes de los grupos sociales y su posible tipificación; para el historiador es algo tan importante como un archivo de Estado o un protocolo notarial, pero en otro orden de su investigación tan importante como aquellos.

La *otra* vertiente es aquella en que el *escritor se convierte en una especie de "mediador" de ideologías y mentalidades de su tiempo*, cuya imagen así transmitida es igualmente fuente de la historia. No en balde decía Galdós, en su discurso de entrada en la Academia en 1897 aquello de "Imagen de la vida es la novela y el arte de componerla estriba en representar los caracteres humanos, las pasiones, etc., sin olvidar todo lo espiritual y lo físico que nos rodea, el lenguaje. . . y las viviendas. . . las vestiduras". A pesar de su desencanto por una burguesía como "tercer estado", seguía creyendo, al igual que en 1870, que el escritor debe observar la sociedad que le rodea y llevarla a la novela. Pasado más de medio siglo, al prologar esa indiscutible fuente de la historia que es —además de otras muchas cosas— *La colmena*, Camilo José Cela ha escrito que su libro "No es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad".

Estas dos citas, que me parecen necesarias, abarcan la doble vertiente de fuente sociológica y de fuente ideológica que la obra literaria ofrece al historiador y del que éste tendrá que servirse como parte de la materia prima objeto de investigación. Habría, sin embargo, que añadir que el escritor puede ser también *fuentes testimonial* de la historia y como tal directa.

El escritor es a veces cronista y en modo alguno podemos desechár esa fuente testimonial, que el periodismo ha acrecentado en la edad contemporánea.

Haremos, pues, con la sobriedad que nos exige el tiempo acotado, un recorrido historiográfico por las grandes corrientes literarias en el siglo XIX y primeros del XX que sirven de fuente sociológica o de fuente ideológica (cómo ha sido la sociedad en cada momento y cómo la han visto los coetáneos).

Entre los antepasados de este género de aportaciones está el costumbrismo a partir del cuarto decenio del siglo XIX. Pero con toda evidencia el alcance mayor lo tiene la obra periodística de un romántico, Mariano José de Larra, que va más allá de la descripción social, aunque sus artículos se llamen "de costumbres". Costumbrista será Ramón de Mesonero Romanos, que vivió casi todo el siglo y supo describir el Madrid de la primera mitad. Sabido es que fue fuente de Galdós para muchos temas, y muy concretamente para la segunda serie de los "Episodios Nacionales". Sin llegar a decir que Mesonero crea ya una tipología social, sí pensamos que ayuda a crearla. Y tampoco olvidáramos, entre los costumbristas, a Antonio Flores por su "*Ayer, Hoy, Mañana*", publicado en 1850, buen reflejo del clima social del Madrid de mediados del siglo, cuya aportación se cuidó de destacar Aranguren, ya hace años, en su libro sobre la moral social española en el siglo XIX.

Hay que llegar, sin embargo, a todo lo que supone en la sociedad española el sexenio revolucionario o democrático de 1868 a 1874 para que accedamos a un nivel diferente que, por otro lado, está sin duda en relación con el despliegue del naturalismo en la novela española del último cuarto de siglo XIX; así, pues, los nombres de Galdós, Clarín, Emilia Pardo-Bazán, y en cierto modo Palacio Valdés por pertenecer al mismo grupo generacional, son imprescindibles en esta especie de repertorio de fuentes. Entre 1870 y 1898 queda una sociedad bastante coherente, en que en lo fundamental el bloque del poder político y económico tiene también la hegemonía ideológica; se da el caso paradójico de que estos escritores, que poco a poco irán desprendiéndose de ese bloque social, tienen cada vez más la suficiente penetración para comprender los fallos y contradicciones del sistema, que aquella burguesía "base del orden social" con que Galdós soñó en 1870 ha abandonado su protagonismo histórico y prefiere pactar con las clases del antiguo régimen, vivir de sus aranceles proteccionistas, especular

en la Bolsa o con la propiedad inmobiliaria y frecuentar en las mansiones señoriales acabando por recibir algún título de nobleza que la integre en esa élite.

Esa degradación de la burguesía urbana, el “quiero y no puedo” de los funcionarios, cesantes o no, y de los hidalgos venidos a menos, anacrónicos en la urbe moderna, los caciques y los clérigos, ya sean de Vetusta o de Ficóbriga, la pobreza del pueblo sencillo, los mecanismos sociales y las representaciones mentales que intervienen como freno en una sociedad, son descritos a veces en sus más hondos entresijos por quienes están ellos mismos en plena transformación de la imagen que tienen de la sociedad de su tiempo; porque el Clarín de *La Regenta* es el mismo que conoce, como enviado de “El Día”, la trágica situación de los campesinos andaluces en tiempos de la equívoca “Mano negra” y Galdós que está terminando *Lo prohibido* contempla la entrada a sablazos de los guardias en la Universidad en la Santa Isabel de 1884, y evocando sin duda aquella noche de San Daniel, que él vivió como joven estudiante, escribe las primeras páginas de *Fortunata y Jacinta*.

De esa realidad histórica emanan obras que, a su vez, son fuentes incomparables de la misma; me refiero, desde luego, a No en balde el capítulo II de la obra citada de Galdós es “La Restauración vencedora” y relata el triunfo de Jacinta, mientras que el III, “La revolución vencida”, es el fracaso de Fortunata. Triunfo y fracaso relativos, puesto que lo que acontece es que se abre la dialéctica restauración/revolución, que jamás se cerrará. Y Galdós, que había empezado a escribir desde la burguesía y sus valores, va testimoniando en ese proceso dialéctico, y va criticando cada vez más lo que hay de suicidio en ese tercer estado que pacta con la oligarquía del antiguo régimen.

A través de las “Novelas Contemporáneas” accedemos a hechos históricos tan fundamentales en nuestra sociedad decimonónica como la Deuda pública y la especulación, el cesante y su mundo, el cacique y el suyo. Como en *Fortunata*, una lectura histórica de *La Regenta* se torna en disección de los mecanismos políticos y sociales de la Restauración; ese marqués de Vegallana, conservador, y su contrapeso, don Alvaro Messía, liberal si se quiere, están perfectamente combinados para decidir todo el entramado caciquil de Vetusta y su provincia, decidir sobre la vida de cada cual, a base de su poder económico y de sus vínculos con el poder político. Sólo esa lectura vale ya por un “oligarquía y caciquismo

costianos" y Clarín sabe también que esa burguesía vetustiana ha pactado con el antiguo régimen en algo más grave que las decisiones políticas; en la escala de valores, en los mecanismos éticos, en los usos sociales. Y ese pacto es el que ahoga a Ana de Ozores, la protagonista.

Y llegamos, al fin, a lo que suele llamarse generación o grupo del 98, denominación hartamente arbitraria y que no uso sino con toda clase de reservas. Por un lado tendremos los relativamente maduros y más comprometidos: Miguel de Unamuno y Vicente Blasco Ibáñez. Este último, que en el último decenio del XIX escribe una tetralogía costumbrista, hace otra que quiere ser "social" en el primer decenio del XX, de valor desigual, pero de la cual hay un libro, *La bodega*, de indudable alcance para el historiador del conflicto social andaluz a finales del XIX. Será el caso también (con mayores calidades literarias, pero ya hemos dicho que esa valoración no tiene nada que ver con nuestro trabajo) de *Paz en la guerra* de Unamuno, más importante para captar la textura social de las guerras carlistas que los libros de Pirala o de Zariategui, sin disminuir por eso la talla historiográfica de estos. Los más jóvenes empezarán por el periodismo, como Martínez Ruiz (todavía no firma Azorín), Maeztu, Baroja, con su Medicina y su panadería (de su tía). Con la obra de éste, ya en el siglo XX, el historiador recibe de nuevo una gran riqueza de materia prima para su trabajo: Baroja es una fuente inagotable ya en sus artículos y escritos diversos, pero, desde luego, en su trilogía *La lucha por la vida*, donde nos presenta esas franjas sociales del Madrid pre-industrial, que no son marginados, pero tampoco son enteramente obreros; y encontramos también a los marginados, a los barrios y viviendas pobres... Hay un Madrid real de las novelas barojianas de aquel ciclo que ha sido captado y expuesto por Carmen del Moral en su tesis sobre *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*. No hay solución de continuidad desde la galdosiana *Misericordia* de 1897 hasta la barojiana "*La busca*" de 1904.

Sólo quince años después podemos situar la obra de Valle Inclán en esta línea específica. En efecto, el espejo deformante del esperpento, no puede dejar de interesar al historiador de las ideas y mentalidades cuando se trata de la trilogía *Martes de Carnaval*; pero es sobre todo en *Luces de Bohemia* (1920) donde se presentan aspectos del entramado social que interesan al historiador.

Resultaría impensable que omitiésemos en este resumen a

Joaquín Dicenta, no sólo por su *Juan José*, estrenado en 1895, sino por sus otros dramas *El señor feudal* y *Daniel*, aunque en esas obras intervengan, junto a concepciones políticas avanzadas, actitudes mentales y estimativas de sociedades precapitalistas. Este contraste ideología-mentalidad es uno de los alicientes que para el historiador tiene esta imagen del conflicto social de una época en alguien de la bohemia literaria madrileña de fines de siglo.

Ya hemos mencionado escritores que crean en el primer decenio de nuestro siglo, cuando para el historiador es evidente que se asiste a los comienzos de una crisis de hegemonía, comenzada en el bienio 1898-1900. Por eso y aunque sólo sea para intentar una definición del entorno de nuestro tema, hay que recordar el impacto del regeneracionismo y, en primer lugar, de la obra de Joaquín Costa y más especialmente de su *Información en el Ateneo de Madrid* (1901) y la crítica demoledora que hace del sistema de la Restauración, a la vez que echa las bases del concepto histórico y sociológico de caciquismo y de las deformaciones oligárquicas de gobierno. Es una época en que el desarrollo del krausismo o, más exactamente, su transformación en el fenómeno más vasto de institucionismo (prioridad a la función educativa, racionalización y secularización) expresa actitudes de una burguesía liberal que se desgaja ideológicamente del bloque de poder, pero que al mismo tiempo está presente en los mismos aparatos de Estado; es así la época de la fundación del Instituto de Reformas Sociales y de la Junta para Ampliación de Estudios.

Es aquél un tiempo en que no sólo se columbra en parte lo que serán luego las grandes organizaciones obreras, sino en el que también cambia y se extiende la creación intelectual (incluso el nombre de *intelectual* adquiere ya título de ciudadanía); por un lado, por un mayor rigor universitario, una apertura paralela a la modernidad; por otro, con un despliegue y profesionalización del periodismo que supera los niveles siglo XIX.

Si de periodismo hablamos sería ya bueno hacer referencia a una publicación que, centrada en lo que Marichal ha llamado grupo generacional de 1914, ocupa nueve años de historia de las ideas (1915-1924) con tres directores de alto prestigio: José Ortega y Gasset, Luis Araquistain y Manuel Azaña. Me refiero, ya se sabe, a la revista semanal "España".

Escritores como Pérez de Ayala son importantes para el historiador de la sociedad, tanto cuando se trata de *Las máscaras* como de *Troteras y danzaderas*; y, desde luego, en sus escritos

políticos del segundo decenio del siglo.

Más preocupados por compenetrarse o por dar una imagen del conflicto social están Ciges Aparicio, cuya obra *Los vencidos* (1910) es trasunto de *La huelga* de Mieres de 1906. Y Concha Espina, por excepción en el conjunto de su obra, cuando bajo la impresión de la gran huelga de Riotinto escribe *El metal de los muertos*, publicado en 1920.

En el talante de la preocupación social-sentimental está por aquella época el célebre libro *Manolín*, tan difundido por los campos andaluces, en que su autor, Esteban Beltrán, sueña con un "socialismo agrícola".

A mitad del camino entre la preocupación social y la erótica, está la obra de un "autor maldito", aunque muy leído en su tiempo, Felipe Trigo. A nivel mucho menos interesante hay que preocuparse por el fenómeno de cierta subliteratura erótica que alcanzó gran difusión; un Pedro Mata con *Más allá del amor y de la muerte*; o un Alberto Insúa (que acabaría siendo gobernador lerrouxista), que con su novela *La mujer que agotó el amor* alcanzó la por entonces fabulosa tirada de 41.000 ejemplares.

Mucho más importante, testigo crítico con cierto humorismo de los medios pequeño-burgueses, Wenceslao Fernández Florez; su *Relato Inmoral* (1928) fue también uno de los mayores éxitos editoriales. Cierta burguesía se conoce mejor leyendo esta y otras obras suyas.

En el primer decenio del siglo comienza un tipo de edición al que, independientemente de su calidad literaria, el historiador no puede ser indiferente; me refiero a la multitud de colecciones de novelas breves y cuentos que entran en escena a partir de "El Cuento Semanal", creado por Eduardo Zamacois en 1907. Otras serán "La Novela Corta", "La Novela Semanal". . .; con un tinte libertario "La Novela Ideal" de 1925 a 1932. Y "La Novela Roja" y "La Novela Proletaria" de 1931 a 1936. Publicadas en grandes tiradas, el conjunto de estas novelas cortas constituye una materia prima a tratar científicamente y a servir de base a una tipología de la vida social, de los valores dominantes, de la historia urbana, etc.

Al entrar en el tercer decenio del siglo las llamaradas de la guerra alcanzan a toda España, desde sus más altos aparatos de Estado, hasta sus hombres sencillos que penan y mueren allí. En ese tema encontramos una cascada de fuentes literarias, casi todas ellas testimoniales: desde *Imán* de Sender hasta *La ruta*

políticos del segundo decenio del siglo.

Más preocupados por compenetrarse o por dar una imagen del conflicto social están Ciges Aparicio, cuya obra *Los vencidos* (1910) es trasunto de *La huelga* de Mieres de 1906. Y Concha Espina, por excepción en el conjunto de su obra, cuando bajo la impresión de la gran huelga de Riotinto escribe *El metal de los muertos*, publicado en 1920.

En el talante de la preocupación social-sentimental está por aquella época el célebre libro *Manolín*, tan difundido por los campos andaluces, en que su autor, Esteban Beltrán, sueña con un "socialismo agrícola".

A mitad del camino entre la preocupación social y la erótica, está la obra de un "autor maldito", aunque muy leído en su tiempo, Felipe Trigo. A nivel mucho menos interesante hay que preocuparse por el fenómeno de cierta subliteratura erótica que alcanzó gran difusión; un Pedro Mata con *Más allá del amor y de la muerte*; o un Alberto Insúa (que acabaría siendo gobernador lerrouxista), que con su novela *La mujer que agotó el amor* alcanzó la por entonces fabulosa tirada de 41.000 ejemplares.

Mucho más importante, testigo crítico con cierto humorismo de los medios pequeño-burgueses, Wenceslao Fernández Florez; su *Relato Inmoral* (1928) fue también uno de los mayores éxitos editoriales. Cierta burguesía se conoce mejor leyendo esta y otras obras suyas.

En el primer decenio del siglo comienza un tipo de edición al que, independientemente de su calidad literaria, el historiador no puede ser indiferente; me refiero a la multitud de colecciones de novelas breves y cuentos que entran en escena a partir de "El Cuento Semanal", creado por Eduardo Zamacois en 1907. Otras serán "La Novela Corta", "La Novela Semanal". . .; con un tinte libertario "La Novela Ideal" de 1925 a 1932. Y "La Novela Roja" y "La Novela Proletaria" de 1931 a 1936. Publicadas en grandes tiradas, el conjunto de estas novelas cortas constituye una materia prima a tratar científicamente y a servir de base a una tipología de la vida social, de los valores dominantes, de la historia urbana, etc.

Al entrar en el tercer decenio del siglo las llamaradas de la guerra alcanzan a toda España, desde sus más altos aparatos de Estado, hasta sus hombres sencillos que penan y mueren allí. En ese tema encontramos una cascada de fuentes literarias, casi todas ellas testimoniales: desde *Imán* de Sender hasta *La ruta*



de Barea, pasando por *El blocao* de Díaz Fernández, las *Cartas Marruecas de un soldado* de Giménez Caballero y las crónicas de Eduardo Ortega y Gasset. Claro que aquí la riqueza de fuentes es tal que bien puede ser que el texto del general Picasso en su famoso expediente y las declaraciones de protagonistas superen no sólo en verdad sino en dramatismo a las obras señaladas.

No falta quien ha dicho que Marruecos con su Annual de 1921 fue para los intelectuales de 19. . . veintitantos en adelante, algo así como las Antillas y el 98 para quienes capearon el temporal al filo de los dos siglos. La afirmación no por brillante deja de ser arriesgada, puesto que la crisis orgánica de la sociedad española era ya un hecho incontrovertible cuando uno de sus paneles, el sistema constitucional montado por Cánovas medio siglo antes, se desploma en 1923.

Además, ha sido casi lugar común referirse sólo a lo literario para hablar de una generación de 1927: los poetas del tricentenario de Calderón, "La Gaceta Literaria", "Litoral", "El Gallo Crisis" y un largo etcétera, sin olvidar la obra de Ortega en "Revista de Occidente" con intencionalidad de desvincularse de lo político anunciada en su primer número. Y, sin embargo, tal vez podría hablarse de "la otra generación" del 27, la de escritores atraídos por el tema social, ya se tratara de escritores militantes, como Isidoro Acevedo o Julián Zugazagoitia, o de aquellos otros que de su primera incorporación a una vanguardia literaria fueron pasando de los años veinte a los treinta a una literatura de avanzada. Y pensamos en prosistas como César Arconada, Benavides, Carranque de los Ríos. . ., y muy especialmente en José Díaz Fernández, no sólo por su obra *El blocao* sino por *La Venus mecánica*, por su teorización del "nuevo romanticismo" desde las columnas de la revista "Nueva España", la que acuñó por cierto la expresión de "generación de 1930". Con ellos o dentro de ellos están quienes hacen ya literatura avanzada, sino lo que llaman literatura documental, que para nosotros es una forma de crónica contemporánea de la que tampoco puede prescindir el historiador.

Sin dejar a Díaz Fernández, y ahora que está evocando una de las raras revoluciones obreras de Europa occidental, la asturiana de 1934; ¿cómo no decir que hay un libro, *Octubre rojo en Asturias. Historia de una revolución*, donde se ha supuesto que existía un minero, José Canel, autor del relato?. No hay tal, sino una narración cuidada, a la vez distante y próxima, escrita por Díaz Fernández, estructurada en pequeños relatos, que aporta tan-

to como los alegatos de uno y otro bando o los informes historio-  
gráficos sobre el particular; por lo menos, hay una vertiente, una  
proyección de claridad, en que la emoción no es apasionamiento,  
que es indispensable para el historiador.

Quedamos, pues, en que la historia tiene necesidad, y no  
como fuente supletoria, que entre por la puerta del servicio, sino  
como fuente primaria, de los más diversos géneros de expresión  
literaria. Pero también quisiera volver, para concluir, sobre algo  
muy preciso que es la novela, para dejar bien sentado que existe  
una lectura histórica de ella sin cuya ayuda mal se portaría la mo-  
derna historia social, que necesita contar y medir, y hasta ordena-  
dores, pero que no puede alimentarse tan sólo de ellos. Vuelvo a  
la novela porque en esa andadura del paso del ecuador de nuestro  
siglo, allá por los cincuenta, está presente una evocación del se-  
gundo y tercer decenio del mismo; es la continuación de la obra de  
Sender, la de Arturo Barea (sobre todo en *La forja de un hombre*),  
la del Max Aub de *La calle de Valverde* o *Las buenas intencio-  
nes*, que hace una cala certera en el Madrid de 1926 en adelante.  
La obra de esos novelistas es además testimonio desde un destie-  
rro, que otros también padecemos, y que no fue en modo alguno  
desarraigo sino afirmación de nuestras raíces históricas.

Más acá de lo antedicho, y ya desde nuestra perspectiva de  
1984, tenemos que decir, con una objetividad en la que nada influ-  
ye nuestro afecto, que hubo un novelista que desde dentro de Es-  
paña rompió con su grito el "orden moral" que pesaba sobre toda  
ella como capa de plomo. Como bien lo sabéis se trata de Camilo  
José Cela. El es también la fuente indispensable a que todo histo-  
riador tiene y tendrá siempre que recurrir al estudiar el decenio de  
los cuarenta. Y, en primer lugar, a Madrid; porque hay que acer-  
carse a *La colmena* cuando se quiere ahondar en los capítulos  
sombrios de historia de la sociedad española en el decenio de los  
cuarenta. Y porque hay una línea de enmarcamiento de la histo-  
ria social madrileña que, para mí, va desde el amanecer de las pági-  
nas finales de la barojiana triología *La busca* hasta ese otro triste  
despuntar del día en que un viajero llega a la estación de Atocha,  
para tomar el tren alcalaíno y emprender su *Viaje a la Alcarria*.  
Con su obra mi padrino hoy y amigo entrañable siempre, Camilo  
José Cela, nos ha dado las inmensas posibilidades de una lectura  
histórica de lo literario, para entre todos levantar, para servirnos  
de una imagen galdosiana, "la casa matrimonial de la historia social  
y la literatura".





